

pos, inmenso como el mundo, y que no cabe en la estrecha y oscura prision de vuestras frentes raquílicas? Si vuestro sistema es un plagio, si vosotros os parecis á los demagogos franceses, sabed que el siglo en que nosotros vivimos, no se parece al siglo en que ellos existieron; por eso si ellos hicieron una revolucion, vosotros no podreis componer una revolucion con todos vuestros motines: su bandera en vuestras filas se ha convertido en harapo.

Tales son, señores, los dos partidos reaccionarios que me he visto obligado á combatir, porque mi conciencia los rechaza y mi razon los condena. Cada uno de ellos es bastante poderoso para inocular en un pueblo, sino el gérmen de la muerte, porque la sociedad los conoce, el gérmen de una terrible convulsion ó de una lenta parálisis.

Y si, como sucede con frecuencia, ambos existen en una misma sociedad y á un mismo tiempo, entonces los hombres que teniendo una cabal inteligencia de la historia, comprenden los males, sin desesperar por eso del porvenir de las sociedades humanas, se encuentran en una situacion bien dolorosa y terrible. Si por ventura lamentan el estado febril á que la sociedad se ha visto reducida, y pugnan por volverla á su estado normal y de reposo, uno de estos dos partidos maniácos grita al mundo—*no hay peligro*.—Y como en un coro discordante el otro le responde—*no hay remedio*.—Decid al uno que el peligro es inminente, y os *acusará* como á traidores: decid al otro que aun es posible el remedio, y os *compadecerá* como á ilusos visionarios.

Tal es el destino de los que, consagrando su vida al descubrimiento de la verdad, nacieron en mal hora, porque abrieron sus ojos á la luz para mirar escándalos, para presenciar catástrofes y para medir abismos: pero si combaten incansables en la brecha, el porvenir será suyo, será suya la victoria: porque los abismos se llenan, las catástrofes se suspenden, y los escándalos pasan. Solo es eterna la verdad; solo es eterna la memoria del varon fuerte que sabe defenderla entre *ruinas*.

LA LEY ELECTORAL,

CONSIDERADA

EN SU BASE, Y EN SU RELACION

CON EL ESPÍRITU

DE NUESTRAS INSTITUCIONES.

(1835).

CUANDO las Córtes convocadas segun el Estatuto van á dejar á la nacion española su último y mas precioso legado en una ley de elecciones, fuera mengua guardar un silencio indiferente, y por lo indiferente, criminal. En los momentos terribles en que las sociedades, sintiéndose estremecidas, y llevadas por un impulso que no conocen hácia un porvenir que desconocen tambien, se reposan por un instante para divisar el faro que ha de iluminar su marcha, los hombres revestidos con el caracter augusto de la magistratura política no son nunca bastante poderosos para señalarlas el camino que conduce á la salvacion: los representantes vuelven entonces su vista hácia los representados; y si estos no elevan una voz que sea apoyo de la suya; si no les tienden una mano, que enlazada con su mano haga comunes los esfuerzos; si retirándose del estadio político, los abandonan; abandonándolos, se condenan á la muerte, porque los condenan al error.

Por fortuna no será este el destino de mi patria. Trabajada por dolorosas convulsiones y por largos infortunios, lucirá para ella el dia de su ventura, porque aun vive en su seno la esperanza, y arde en su corazón la fé. Sus convulsiones han sido terribles, sí, pero no han sido las convulsiones que acompañan á un pueblo en la ago-

nía á su sepulcro, sino las que acompañan á un pueblo que busca ansioso la idea que ha de regenerarle; que lucha con los obstáculos que las generaciones pasadas han arrojado en medio de su camino, en cuyo límite le espera la victoria para ceñirle, en premio de su combate, de inmarcesibles laureles. La prodigiosa actividad de la prensa periódica, cuando va á discutirse en las Cortes la ley que ha de ser el instrumento de la prosperidad de la nación; el generoso apoyo que todas las inteligencias ofrecen á los dos cuerpos colegisladores; la ansiedad de los que temen; la confianza de los que esperan; la turbación de los que fluctúan y vacilan; todo prueba que la nación española no es indiferente á su destino; que sus fuerzas vitales no la han abandonado, y que sus representantes pueden contar con ella. Ansioso de contribuir por mi parte á que una ley que encierra en su seno la salvación de la monarquía, repose en una base, que sea digna del siglo en que aparece, de los legisladores que la decretan, y del pueblo que la recibe, voy á examinarla en esa base, y solo bajo su aspecto constitucional, recordando antes los grandes principios que constituyen el estado político de Europa: principios, que los legisladores deben tener siempre presentes; porque ellos solos pueden resolver las grandes cuestiones, sometidas hoy á su deliberación.

PRINCIPIOS.

La ley de elecciones es al mismo tiempo un medio y un fin: es un medio, cuando se la considera con relación al poder político que los electores crean; es un fin, cuando se la considera con relación al poder político que los electores ejercen: porque los que crean un poder, son un poder también. Si esto es así, una ley de elecciones será viciosa, siempre que su resultado sea conferir la facultad electoral á los que no tengan *derecho* de elegir; porque, eligiendo, han de dar existencia á un poder bastardo; y será perfecta, cuando confiera la facultad electoral á los que tienen *derecho* de ejercerla; porque, ejerciéndola, han de constituir un poder legítimo. En los principios hasta aquí asentados, no hay diferentes pareceres, ni encontradas opiniones; y cabalmente por esa razón, he querido comenzar por

ellos, seguro de que es necesario siempre convenir en las bases para discutir después sus consecuencias. Pero ¿en quién reside la legitimidad del poder? Cuestión es esta de difícil resolución; si bien no tan difícil, que hayamos de eludirla por miedo de no poder resolverla: porque ¿cómo juzgar de una ley, que será perfecta cuando dé por resultado un poder legítimo, y viciosa, cuando dé por resultado un poder bastardo, sin averiguar antes en qué consiste la legitimidad del poder? Bien sé que hay muchos que, no pudiendo sufrir el yugo de los principios, ni el imperio de las teorías, pretenden resolver estas cuestiones, sin llamar en su apoyo á los primeros, y sin reconocer á las segundas: al escribir estos renglones, no me dirijo á ellos como lectores, y desde ahora los recuso como jueces: jamás llegará á tal punto mi modestia, que reconozca como á pares míos á los que, empezando por negar sus fueros á la razón para descubrir la verdad, envilecen su inteligencia y se condenan al absurdo.

La misión del poder es constituir las sociedades, y conservarlas después de constituidas: y si solo uno existe que pueda llenar esta misión, ese solo será legítimo, porque ese solo es posible y necesario. Ahora bien; solo la inteligencia puede establecer la unidad entre los individuos, que vivirían aislados si no fueran inteligentes. Y solo la inteligencia puede conservar esa unidad, y con ella á las sociedades: porque solo la inteligencia sabe prever; y las sociedades no se conservan sino por medio de una constante previsión en el poder que las dirige, que es idéntico siempre al que las ha constituido. Si esto es así, solo será legítimo el poder de la inteligencia; porque solo la inteligencia puede constituir, y sabe conservar: si esto es así, todo poder que no tenga en ella su origen, y que no haya recibido de ella su misión, es un poder efímero y bastardo: aunque las manos de los hombres le levanten altares; aunque en ellos ardan todos los aromas del Oriente; aunque una generación raquílica le tribute adoraciones, los cimientos en que se apoya, son frágiles; y pasará como el humo.

Esto dice la razón, y lo confirma la historia. Mirad aquella sociedad infante: los individuos que la componen, llevan impreso todavía en sus frentes el sello de un orgullo agreste y de una indoma-

ble independencia. ¿Quién es aquel á quien obedecen como corderos los que tigres parecian? Es el bardo inspirado por el Dios de la tribu, ó el adalid á quien una divinidad amiga envia sueños de victoria. Es la inteligencia de aquella sociedad, que ha elegido por asiento la frente coronada de un caudillo, ó la lira de un poeta. Si pasa delante de vosotros, y le preguntais al pasar cuál es su historia, os responderá que un Dios se apareció entre sus padres; que ese Dios tocó la frente de uno de ellos, colocó en el firmamento una estrella que le sirviera de guia, y le dijo: «vencerás, porque al resplandor de aquella estrella me verás á tu lado en los combates, y tu pueblo será, entre todos los pueblos, mi elegido.» Así, los ojos de los hombres al penetrar en la noche de los tiempos, y al descubrir la cuna de las sociedades, miran siempre á una divinidad junto á ella. Ahora bien, una divinidad para los pueblos que nacen, es la inteligencia misma: sigamos á esta inteligencia en sus transformaciones, al través de los siglos y la historia.

Todo poder á quien pertenece la dominacion, es expansivo; y por medio de la expansion, extiende sus pacíficas conquistas. Ya hemos observado que la inteligencia constituye las sociedades bajo la forma de la divinidad, y las conduce despues, eligiendo por su representante á un bardo ó á un caudillo. Cuando las tribus nómadas y las hordas errantes se fijan, se trazan límites y se constituyen en naciones, la inteligencia pasa de un hombre á una clase, y de la lira á un templo: su poder, sin dejar de ser el mismo en la esencia, se reviste de otra forma; y el cetro de la dominacion pasa de las manos de un adalid vencedor á las de los sacerdotes de la India, y la de los magos de la Persia. Pero la inteligencia crece en el seno de los siglos, los templos no pueden contenerla, y se derrama en los palacios: este es el primer paso hácia su secularizacion; porque al lado del trono de los sacerdotes se eleva el trono de los patricios. Pero llega un tiempo en que, despues de haber crecido silenciosa y modesta, ni el manto sacerdotal ni el patriciado le bastan, y se precipita en el campo para combatir por el dominio del mundo: entonces elige por su representante á una nacion entera, que atormentada por la divinidad que la agita, se vé arrastrada por una

mano de bronce hácia un destino que ignora. sus falanges no encuentran resistencia: los mares que se dilatan á sus pies, dan libre paso á sus colonias: y sobre los muros de todas las capitales tremolán al aire libre sus victoriosos pendones. Así los griegos vencieron, y se asimilaron el Oriente para colocarle en ofrenda sobre los altares de Roma. Así Roma encadenó al universo; y cuando, concluida su mision, la abandonó la inteligencia, los bárbaros del Norte entonaron el himno de la victoria sobre su sepulcro; y el astro bello que presidió á su destino, eclipsado para siempre, no volvió á reposar sus amorosos rayos sobre sus siete colinas.

Aquí comienza nuestra historia, que careciendo de la unidad severa de la antigua, y teniendo por caracter distintivo la variedad y la riqueza, no se presta tan fácilmente como aquella á las fórmulas filosóficas: sin embargo, puede asegurarse que la historia moderna dá por resultados, 1.º la emancipacion sucesiva de todas las clases de la sociedad: 2.º la *encarnacion* de la inteligencia en cada una de las clases emancipadas: 3.º el dominio de cada una de estas clases, luego que recibió en su seno á la inteligencia; 4.º la secularizacion absoluta de la inteligencia; y 5.º su pacífica y omnimoda dominacion por medio del gobierno representativo.

No fueron los bárbaros del Norte los que, para regenerar al mundo, destrozaron el Capitolio: el rayo que debia abatir al gigante, se habia forjado en la Palestina, y habia reposado inerte hasta la hora señalada en las catacumbas de la ciudad eterna. La civilizacion antigua habia dado ya todos sus frutos: la inteligencia de aquellos pueblos nada podia enseñar ya al hombre: la religion cristiana se apoderó de su tutela, como mas universal y mas inteligente: los bárbaros del Norte fueron sus ministros; y al que llame sacrilego á este enlace, le diré que el mundo estaba entonces dividido entre la barbarie y la degradacion; y una religion que llevaba en su seno la perfectibilidad humana, no podia vacilar en elegir por instrumento á un pueblo bárbaro contra un pueblo degradado. La barbarie tiene un porvenir: la degradacion no le tiene; y si le tiene, es un sepulcro.

La Iglesia fué inteligente, y por eso fué la primera emanci-

pada, y la que dominó en la sociedad primero : su poder dejó de existir, cuando sus ministros le despojaron de la inteligencia, y le dotaron largamente de absurdos. Las municipalidades sacudieron despues el yugo de los barones y el yugo de los reyes : con su emancipacion, aparecieron en medio de las naciones algunos centros de actividad y de vida, que no pocas veces se ligaron entre sí para defenderse de sus encarnizados enemigos : la inteligencia se refugió dentro de sus muros ; y al mismo tiempo que dirigia sus fuerzas artísticas y comerciales, los iniciaba en el poder político que ejercieron, principalmente en los Países-Bajos y en Italia. Al lado de estos grupos, que la inteligencia empezaba á vivificar, existia un grupo luminoso, en que la inteligencia, y solo la inteligencia presidia : las universidades, en la edad media, fueron un gran poder político, que los poderosos acataban, que los reyes consultaron, y que miraban con respeto hasta los pontífices de Roma. Y todos hacian bien ; porque en el seno de las universidades, ligado, pero no vencido por el yugo de Roma y el yugo de Aristóteles, crecia el principio de la razon independiente, Hércules que habia de purgar la tierra de mónstruos ; y á quien la tierra habia de llamar su soberano, y ceñir una diadema, cuando subiese al trono que le tenian preparado los que ya le adoraban en su cuna.

Ese Hércules fué revelado, por fin, al mundo. En el fondo de la Alemania se vió tremolar su estandarte, nuevo entonces en la Europa. Él secularizó á la inteligencia, que, una vez emancipada, debia dominar como señora. Entre tanto, una ley providencial habia abatido en el polvo al tan fastuoso, como estragado imperio de Oriente ; y su civilizacion moribunda vino á rejuvenecer la Europa, rejuveneciéndose en Italia : por las venas de los hijos de los bárbaros del Norte circuló entonces una nueva vida : la hora de la regeneracion del mundo moral habia sonado ; y cuando á su sonido se levantó un adalid, y se declaró el intérprete de la razon humana, las sociedades, dispuestas ya á recibir en su seno al huesped que para su ventura el Cielo las concedia, sintieron un estremecimiento de placer, al oír resonar en el espacio la voz de aquel fogoso tribuno. Sin embargo, era necesario combatir : y los campeones de la

razon combatieron largamente en grandes campos de batalla. La revolucion francesa puso un término á lucha tan desastrosa : ella condenó á muerte á las instituciones absurdas : demolió los frágiles cimientos de todos los poderes usurpados ; y sobre el campo del combate, cubierto de ruinas, asentó con mano fuerte la bandera de la civilizacion ; y escribió en ella el destino de las generaciones futuras. Saludemos á sus mártires, saludemos al génio de esa revolucion magnífica : bajo sus alas protectoras crece la libertad, y manda la inteligencia : en vano espíritus débiles le condenan, le desconocen ó le insultan : no por eso empañarán su lustre, ni harán vacilar al coloso : su planta está firme, porque la sirven de pedestal los siglos : su frente está radiante, porque la animó el soplo de la inspiracion divina. La emancipacion de todas las clases de la sociedad es, desde entonces, completa y absoluta : seríamos muy ingratos si, espectadores del gran drama que comienza en la crucifixion de Jesus, y que concluye en la expiacion de Luis, no supiéramos agradecer la grande herencia con que han dotado á la humanidad tan grandes y costosos sacrificios.

No seré yo el que desenvuelva, en el corto espacio que ofrecen las páginas de este opúsculo, todas las consecuencias de esa revolucion ya consumada ; y pienso que mis lectores me agradecerán que me limite á llamar su atencion hácia la mas bella de todas ; es decir, hácia el gobierno, á que los publicistas, no muy filósofos en esta parte á la verdad, han llamado representativo.

Comenzaré por observar que la tendencia de la civilizacion de la Europa hácia él, ha debido ser irresistible, cuando le vemos establecido en Inglaterra, aun antes de que esa misma civilizacion tuviera una existencia asegurada, y se hubiese revestido de una fisonomía. La presuncion llega á convertirse en certidumbre, si observamos que apenas aquella existencia se realiza, y esta fisonomía se descubre libre de velos, y exenta de celages, todas las sociedades del Mediodia de la Europa, obedeciendo á un impulso fatal, gravitan hácia él, como las masas gravitan hácia su centro. Estas consideraciones no han sido bastante poderosas para que nuestros publicistas, al examinarle y definirle, hayan estudiado en

el carácter de nuestra civilización su verdadero carácter, y en la naturaleza de esa misma civilización su verdadera naturaleza; y sin embargo ella sola, que le reclama como su necesidad, y que le adopta como su producto, puede explicarle y le explica.

Engañados lastimosamente por las apariencias, porque ven que hay electores y elegidos, han dado el nombre de representantes á los segundos, y á los primeros el de representados: sofisma evidente, porque se confunde la esencia de un gobierno con el modo de existir que le caracteriza: sofisma funesto, porque traslada el poder de la asamblea de los elegidos para ejercerle, y que le ejercen en virtud de un derecho propio, á las asambleas de los que elijen, y que no pueden ejercerle sino en fuerza de un derecho usurpado. No: mil veces no: en el estado político y social de Europa, tienen derecho á mandar los *mejores*; y como no los conoce la ley, comisiona, para que se los designe, á los *buenos*: los electores al elegir no hacen mas que pronunciar un nombre que la ley busca, y que no sabe. Así, los que, supuesta la nomenclatura de representantes y representados, defienden los votos imperativos, y sostienen el derecho de los últimos á lanzar el anatema de la degradación sobre los primeros, son mas lógicos que los que, estremeciéndose con el espectáculo de una invasión demagógica, niegan las consecuencias, abrazándose al principio que las contiene en su seno. El instinto del bien los hace inconsecuentes; pero con el instinto solo no se salvan las sociedades: se salvan con teorías luminosas que realizadas condenan á muerte á los monstruos, y á los absurdos al olvido.

La antigüedad conoció la división de los gobiernos en monárquicos, aristocráticos y democráticos: y los publicistas modernos, plagarios de la antigüedad, han adoptado esa división como un dogma. Tracy quiso un día ser original comentando á un hombre grande, y dió á luz la peregrina idea de que los gobiernos ó son buenos, ó son malos: ciertamente no cometió un error el publicista; pero dijo una *inocentada*; y *in hoc non laudo*. Grande ha debido ser el apuro de los filósofos modernos al clasificar al gobierno establecido hoy en el Mediodía de Europa, sin alterar la nomenclatura que

nos legaron los antiguos. No es monárquico; porque nadie sostendrá que se le caracteriza bien, llamándole gobierno de un monarca: no es aristocrático; porque este nombre está reservado al gobierno de una clase revestida de privilegios, y los privilegios han pasado ya: en fin, no es democrático; porque en él no dictan leyes las masas. Es verdad que los antiguos hicieron otro descubrimiento que ha servido á los modernos para resolver el problema: además de los tres gobiernos indicados, reconocían la existencia de los gobiernos mixtos: y alborozados nuestros publicistas con hallazgo de tanto precio, mixto llamaron al gobierno que había dado á luz la civilización de Europa.

A esto nada tengo que oponer, sino que no hay gobiernos mixtos, ni han existido jamás. La suposición de su existencia reposa en un principio que es falso á todas luces: es decir, en el principio del equilibrio de los poderes. Con efecto, si fuera posible que el monarca, el pueblo y la nobleza, obrasen como poderes íntegros en su acción, independientes y armonicos; teniendo todos una fuerza igual, tendrían también igual derecho á imponer su nombre al gobierno que todos constituirían; pero este equilibrio es imposible, y no hay ningún ejemplo de él en ningún periodo de la historia. Si alguna vez se presenta este fenómeno en los anales del mundo, su efecto nunca sería la acción sino el reposo; y el reposo en los gobiernos, es la muerte. Ahora bien: si todos estos elementos no pueden combinarse de manera que tengan igual dominio, uno solo ha de prevalecer; y ese solo es el gobierno, porque ese solo gobierna: los demás podrán ayudar en su acción; podrán entorpecer su marcha; y deberán tenerse en cuenta en la historia que se escriba de los obstáculos que tuvo que superar, y de los elementos que supo asimilarse, para que su acción fuese rápida y completa; pero no podrán llamarse poderes como él, ni levantar un trono al lado de su trono.

Los proclamadores de los gobiernos mixtos han confundido siempre la coexistencia de los dos elementos débiles con el elemento dominante, en calidad de obstáculos ó medios, con su coexistencia, imposible de concebirse en calidad de poderes gobernantes como él,